

La redención de los inválidos

La Fatalidad nos da a conocer a un pedagogo insigne.—La labor del Dr. Mérida Nicolich.—Una anécdota del general Cano.—“La casa nueva”.—¡Cuando haya dinero!...

elementos para llevar a cabo esta obra que me he impuesto. ¡Calculen ustedes si tiene para mí importancia que vengan a ayudarme en esta cruzada, dando a conocer lo que aquí hacemos y lo que queremos hacer!

Y el doctor Mérida, con cariñosas frases de admiración, dedica a VIDA GRÁFICA elogios que consideramos exagerados. Después, rápidamente, con una soltura y una seguridad que no podíamos sospechar al contemplar los ojos inmóviles de este hombre infatigable, nos invita a salir llamándonos a cada uno, cogiendo y ofreciéndonos los sombreros con un aire muy mundano y muy señor, que nos hace olvidar por un momento la

tragedia de este hombre joven y animoso a quien la fatalidad dejó ciego para honra de su patria y de la humanidad. No hay hipóbole en cuanto decimos: sin la fatalidad que hirió a Mérida en cuanto era para él su don más preciado, sus admirables dotes de pedagogo hubieran permanecido inéditas y su labor consoladora del dolor, no hubiera tenido la transcendencia que hoy tiene su misión en el mundo. El nombre del Doctor Mérida Nicolich, que ya es admirado en España entera, traspasará muy pronto los límites internacionales con la aureola de la universalidad.

Hemos visitado las aulas en donde se dan las enseñanzas de reeducación para niños ciegos y niños sordo-mudos. Como ya es casi mediodía, los niños esperan jugando en el jardín la hora del almuerzo, que el Ayuntamiento les envía de la Tienda Asilo del Círculo Mercantil. Rodeando a las buenas hermanas, preguntan, inquieran quienes somos. Por acostumbrados que se hallen a esta clase de visitas, la curiosidad infantil acuciada por el desequilibrio de sus sentidos, es una nota simpática y triste a la vez.

Sor Sofía nos presenta a Pepito Saltos: un muchacho de 13 años que es sin duda el más adelantado en la desmutización. Lleva ya tres años de educación y logra hacerse entender perfectamente. Antiguo conocido de Arenas, comprende rápidamente que este le ha dicho que ya lo ha retratado otra vez, y el inteligente muchacho, repitiendo con alegría las palabras que adivinó, añade al terminar: «¡gracias!». Pepito escribe en una pizarra instalada al aire libre los nombres de los que estamos allí, que beatíficamente le va dictando Sor Sofía y se dispone a desarrollar un problema de multiplicación con la perfección de un niño normal.



Otros muchos se nos acercan: los angelitos se desviven por lucir sus habilidades con la misma alegría que a esa edad se muestra un juguete codiciado.

Arenas, que se me ha escapado, está ahora entre las niñas ciegas a las que sorprende en una escena llena de ternura: las niñas, acompañadas al piano por una compañera de infortunio, entonan muy afinadamente un canto escolar de los que recientemente ha adquirido Mérida:—Este canto a la bandera,—nos dice el doctor—es el que cantan con más cariño.

Pepito Reviriego, un chiquillo alegre y vivaracho, acude prestamente a la llamada del profesor. El ciegucecito se marcha en busca de un libro con el que vuelve, a poco, para sorprendernos leyendo con incomprendible corrección un pasaje del «Quijote». Estas obras, impresas por el sistema «Braille» para ciegos, es una de las obsesiones del doctor Mérida, que sueña con poder instalar una en el Instituto, que sería la segunda en España pues solo existe la de Barcelona—para establecer esta enseñanza que es muy apropiada para las niñas. Claro está que en nuestro país, donde la reeducación de ciegos es casi incipiente hoy por hoy, no parece profesión de gran porvenir pero sí, gracias al entusiasmo que en esta obra meritoria tiene puesto el Ministro de Gobernación, la enseñanza de los ciegos españoles arranca a esos desgraciados de los menesteres callejeros en los que todos ellos han cifrado hasta ahora sus pobres ilusiones de hacer frente a la vida, pronto tendrían aplicación inmediata estas imprentas «Braille», por cuyo procedimiento se hallan

editadas en el extranjero casi todas las obras de literatura, de filosofía y de música, amén de revistas de carácter recreativo que dan una prueba de que fuera de España, no es una utopía la incorporación a la vida social de estos infelices que aún deambulan por nuestras calles ofreciendo sarcásticamente la suerte. La enseñanza de la música y algunas profesiones con ella relacionadas, como la afinación de pianos; la fabricación de toda clase de cepillos por el procedimiento llamado de «Nottingham»—ciudad inglesa donde esta industria ha adquirido gran esplendor,—son las que hasta ahora tiene en estudio el director, que sueña también con el taller de zapatería y el de carpintería para los sordo-mudos.

No tenemos tiempo para más: aún, hemos de visitar «la casa nueva» como la llama Mérida, y cuando vamos a salir nos vemos obligados a detenernos unos momentos todavía.

Dos ciegucecitos, conducidos a nuestra presencia, traen en sus manos los instrumentos cuyo manejo quieren mostrarnos y uno, abriendo el estuche de una máquina de escribir hace ejercicios de escritura que luego lee otro muchacho por el tacto, en tanto el otro, escribe con el punzón en el «Ballú» las palabras que le dicta su maestro.

Salimos por el camino, en amigable charla, el doctor nos habla de la casa nueva. Es esta una magnífica adquisición que debe el Instituto a la munificencia de la Diputación Provincial que, al ceder este edificio al Patronato de ciegos y sordo-mudos, ha dado una

prueba evidente del cariño y atención que le merece esta incomparable institución. Es un amplio chalet situado en la calle de Tacón: una extensa superficie de terreno la circunda y, para ella, son las primeras palabras enternecedoras de Mérida.

—Aquí,—nos dice—he empezado mi labor ya. Antes de cumplirse un mes de la fecha de entrega de la casa,—que fué el seis de Enero pasado,—tuve la satisfacción de reunir, con motivo de la plantación de moreras, a las autoridades y a muchas personas simpatizantes con esta obra. De aquí salió la feliz iniciativa del Alcalde de celebrar una exposición en el Parque, del trabajo de mis ciegos. Quiere el General Cano que se realice durante la estancia en Málaga de nuestra Reina y espero que esta exhibición de los ciegos trabajando en público, atraerá la atención de las personas pudientes en favor de esta obra que, cual ninguna, necesita dinero, mucho dinero. Las autoridades hacen cuanto pueden: el General Cano, sobre todo, no se como no se cansa de mí. Es raro el día que no voy a pedirle algo.

No necesitábamos los informadores, de esta exaltada admiración para juzgar del interés que por la obra de Mérida siente el señor Cano. La casualidad nos hizo testigos, no hace muchos días, de una escena que a título anecdótico vamos a referir. Nos hallábamos en el Ayuntamiento el doctor Mérida para visitar al alcalde que, a poco, se acercaba a nuestro grupo haciéndonos señas de que no descubriésemos su presencia y dando la mano al doctor, la estreché cariñosamente. Dudó un poco el insigne ciego, pero se repuso en seguida y dijo con su infantil alegría: «Buenas tardes, mi general». Y al preguntarle nosotros cómo lo había conocido, nos contestó llevando hasta nuestros ojos la emoción de sus palabras: ¿No voy a conocer estas manos que no se cansan de ayudarme?

Después de recorrer la huerta y visitar los plantones de moreras, visitamos los talleres de muebles y efectos de mimbre. Entre hombres y mujeres trabajan en la actualidad hasta catorce ciegos de ambos sexos; no hay elementos para más, porque el trabajo es todavía muy limitado. A cada uno de los obreros se les da un jornal diario de una peseta con cuya reducida cantidad no tienen suficiente para atender a sus necesidades por lo que el trabajo está dividido en dos turnos, mañana y tarde, cuyas horas de asueto «dedican a buscarse la vida!

Al preguntar si están con-



tentos con esa actividad a que se les ha sometido nos dice don Miguel:—Muy contentos: la mayoría asegura muy formalmente que si en el taller pudieran ganar siquiera diez reales no harían otra cosa que bajar aquí. ¡Figúrese la ansiedad con que yo deseo que se divulgue esta obra y que las almas buenas vengán en nuestra ayuda!

—Ahora,—le decimos—hay algo legislado para empadronamiento de ciegos, ¿no?

—En efecto: es el primer paso para afrontar el problema: yo he hecho la estadística de los ciegos pobres que hay en la provincia de Málaga y, gracias a los buenos oficios de la Guardia Civil y de la Guardia Municipal, tengo datos que se acercan mucho a la cifra absoluta, que no puede ser más desconsoladora. En la provincia existen 742 ciegos pobres. Solamente los niños ascienden a 119 y, entre ellos hay dos que además son sordo-mudos. Uno reside en Nerja y otro en la capital.

Rápidamente visitamos la parte alta del edificio que se destina a internado cuya organización estudiamos ahora este hombre admirable para cuando haya dinero: es su eterna canción. Y ahora que tanto confiamos el apoyo de S. M. la Reina y en el del General Martínez Anido, el doctor Mérida trabaja sin descanso.

LUIS M.^a DE OSUNA.

